

largo de su historia, de una estrategia anticapitalista consistentemente democrática. Ello los ha conducido a oponerse y combatir a los distintos gobiernos y liderazgos populares, como los de Yrigoyen y Perón. Hoy la pseudoizquierda se halla integrada a las fuerzas de choque de la derecha mediática: demasiado insignificante como para infundirle temor, pero lo suficientemente presente como para contribuir al aparato que golpea al gobierno no por sus errores sino por sus aciertos. Por otro lado, los sectores de izquierda socialdemócrata, autodenominados “progresistas”, por retrodicción se los puede imaginar como cómplices de las reformas pro mercado y de un cinismo posmoderno en declive.

Cuando los principios de la soberanía popular y los derechos humanos entran en mediación mutua a raíz de una acción que no los antepone sino que los supone, cada uno extiende sus fronteras con la aplicación del otro.

La decisión de dominar sin hegemonizar de los conservadores de todo pelaje se enfrentó a rebeliones que desembocaron en procesos de democratización —el yrigoyenismo, el peronismo y el kirchnerismo—, que produjeron no un nuevo sistema sino cambios en espiral. Cuando los principios de la soberanía popular y los derechos humanos entran en mediación mutua a raíz de una acción que no los antepone sino que los supone, cada uno extiende sus fronteras con la aplicación del otro. Kirchner inició esta dinámica cuando se negó a reprimir la protesta social y encausó a los genocidas, y luego la profundizó con una sustancial quita en la deuda externa, y

esta siguió, ya en el gobierno de Cristina Fernández, con la reestatización de los fondos de pensión. Sobre esa base inició transformaciones con una diferencia crucial respecto de las experiencias nacional-populares anteriores: la de un apego por el Estado de derecho que consiste en aplicarle a la derecha su propia legalidad, una molesta ingesta cuando no logra eximirse de ella. Por eso el kirchnerismo tuvo que enfrentarse a intentos tan ingeniosos como permanentes de desestabilización “destituyente”.

El gobierno tiene enfrente una sociedad que quedó demasiado abierta interna y externamente al mercado, demasiado liberal y conservadora como para acompañar su dinámica de cambios democráticos. El mercado se metió en el alma de individuos que creen que sus éxitos se deben a méritos personales y que culpan al Estado si fracasan. El progreso es considerado equivalente a la movilidad individual, no el resultado de la movilización política que hace posible, eventualmente, el ascenso social.



El liberalismo, al destruir al Estado con el aval de sus víctimas, primero durante la dictadura y después con el desguace de los 80 y de los 90, hizo tan indefensa a la sociedad frente a los ataques corporativos que su impotencia tiene como sustento la propia ceguera frente al “mercado” como si se hubiera vuelto autoinmune a la intervención estatal. El gobierno ha intentado asociar la redistribución del ingreso y la ampliación de derechos a la reconstrucción del Estado, pero, aun habiendo impulsado el crecimiento (en todo sentido) de las clases medias, no necesariamente cosecha el apoyo de sus beneficiarios. La corporación mediática corta o quiebra los vínculos simbólicos y materiales que haya podido establecer, incluso hasta con los sectores populares.

Si al kirchnerismo le resulta intolerable resignar los logros de la “década ganada”, a la derecha le resulta inconcebible retroceder a la distribución y al Estado empresario de los años 70; por eso el gobierno no tiene oposición sino un obstruccionismo automático, y enfrenta (enfrentamos) el riesgo permanente de que ante la ausencia de debate —que no lo hay ni debería haberlo con adversarios que se asumen como enemigos—, la reflexión degrade en reflejo y el gobierno quede embridado a la agenda de *Clarín* y *La Nación*, centros de degradación de la opinión pública, que no pueden referirse al pasado porque son cómplices de un pasado genocida de endeudamiento, y que no pueden hablar del futuro porque se han aferrado a un futuro inconfesable: delegar, como se dijo, en el mercado y en la embajada norteamericana el porvenir de la sociedad. La confrontación, consecuentemente, no cederá. La derecha no hizo las reformas neoliberales para reconocer ahora su fracaso. Además, si los controles democráticos están volviendo, ¿por qué habrían de mantenerse en el largo plazo dentro de los parámetros capitalistas? El 2003 representó un cambio sustancial porque el kirchnerismo superpuso líneas de conflicto que antes se hallaban cruzadas, y unificó con sus políticas al campo opositor en un polo ideológico que no por execrable carece de amplia difusión. Sólo con su imprevisibilidad como estrategia política la iniciativa gubernamental pudo sortear los obstáculos.

El camino es conocido: la tenacidad kirchnerista se sostuvo en la constante autodepuración (con la salida de figuras como Lavagna, Alberto Fernández, Moyano, Massa, o distintos caudillos provinciales y del conurbano) lo que le permitió avanzar como proyecto y militancia, abriendo demandas que ya no podrán ser cerradas fácilmente. En vez de concertar, mantuvo la iniciativa política y permaneció a la ofensiva. Este



es su secreto: el futuro es su punto de apoyo; por eso puede establecer una relación de hegemonía con los sectores populares entendida como reproducción de las bases materiales del consentimiento, y antagonizar con las corporaciones, poniendo a los partidos de oposición a la defensiva, forzándolos a privilegiar a los medios de comunicación como forma de “hacer política”. El disenso ha sido su forma de crear consensos con objetivos, siempre variables y transitorios, puntuales y populares, y esto ha desconcertado a la oposición volviéndola infinitamente banal.

La inconmensurable miserabilidad del periodismo confisca el lenguaje con una violencia que extrae de su sistemático agravio antigubernamental, captando al público en el momento de mayor humillación, es decir, el de su propia ceguera ante los acontecimientos por la ausencia de criterios de evaluación, en la medida que la memoria histórica ha sido disuelta por la reducción del pasado y del futuro a un presente permanente y brutal. Esta violencia extraída de la mistificación se arroja a la sociedad, buscando convertir a su palabra en lenguaje de odio. El agravio y la mentira anti-kirchnerista es el telón de fondo de la proyección permanente del crimen y del accidente de tránsito. *Clarín* y *La Nación* no son sólo monopolios, esto es, empresas con el poder de crear la demanda del mismo producto que tienen para vender (sus creencias ideológicas) sino que obligan a sus audiencias a comprar ese producto bajo amenaza de que si no enfrentan al gobierno seguirán sufriendo las consecuencias que sólo ellos mismos están en condiciones de generar, como la sensación de inseguridad o las expectativas inflacionarias o las sospechas de corrupción. Esta maniobra se concibe a sí misma, además, como cruzada contra un elemento anti-natural y extraño al funcionamiento capitalista normal, que crispa inútilmente a la sociedad y la polariza. Si no existiera, todo volvería a ser como era antes, como en aquel momento mítico de esencial armonía que fue desestabilizado por el kirchnerismo.

Pero el discurso falsificador, como cualquier discurso, siempre dice más de lo que pretende y queda expuesto al exceso. El lenguaje, cuando procede de un poder no fundado en derechos, es más incontrolable aún y muestra su complicidad abierta, por ejemplo, con los acreedores externos o con otras corporaciones. Esto es algo que somete a la impotencia política a la derecha, que se divide por el favor electoral de una opinión pública engendrada por el mismo poder al que se subordina. La mejor estrategia del kirchnerismo ha sido y será, por tal razón, confrontar sin tregua, porque sus enemigos nunca podrán legitimarse argumentativamente



sin ser descubiertos de inmediato en sus intereses. Ciertamente, existe una audiencia constituida a la medida de ese poder mediático, y por eso sus lectores, televidentes, y oyentes, cuando pueden expresarse lo hacen con deseos de linchamiento. No es la resistencia sino el insulto sedicioso como acto de habla cotidiano el que domina la escena. Si en 2001 parte de la sociedad resistía a la destrucción ultraliberal del país, y expresaba finalmente su bronca con el “que se vayan todos”, dando lugar gracias a esta misma actitud al renacimiento de lo *político*, que se transformó en gestión *política* en 2003, hoy la servidumbre voluntaria atenta contra el proceso de democratización. La clase media busca un amo y parece siempre a punto de encontrarlo. A su vez, cuanto más desmiente el kirchnerismo la ilusión de que sería una modalidad de “populismo autoritario”, más furia y desesperación genera en la oposición, porque toca el núcleo de su fantasía y debe enfrentarse a la pesadilla de los conflictos reales creados por el gobierno. Cuanto mayor es la brecha entre la fantasía y la realidad, más recurre al vaticinio que recorre todo el espectro de izquierda y derecha, revelador de la banalidad de su pensamiento desiderativo: “Asistimos al final de ciclo K”.

Pero la estructura de la coyuntura actual, *el mal de la banalidad*, tiene otros componentes. Uno es suponer que un proyecto político debe su continuidad exclusivamente al líder, cuando un liderazgo, por personalizado que sea, encarna la regla de la unanimidad, que es la que corresponde a la primera secuencia de un proceso de democratización, en la que se requiere más fuerza para poner en marcha un vehículo; pues la unanimidad no es menos democrática que las reglas de la mayoría y del acuerdo, que rigen etapas posteriores de la misma acción. El segundo es creer que tres millones y medio de nuevos jubilados o seis millones de nuevos trabajadores pueden ser clientelizados, y que los oficialistas que no son comprados son simplemente unos idiotas. El error aquí es subestimar la racionalidad de quienes respaldan al proyecto, y tomarlos como parte de un sistema que en algún momento se equilibrará por sí solo, extrapolando el dogma de la tendencia al equilibrio del mercado. En esa espera se hallan hace más o menos unos diez años. Un tercero es pensar que el kirchnerismo es un desvío del peronismo “verdadero”, que en algún momento volverá a su

El kirchnerismo inició transformaciones con una diferencia crucial respecto de las experiencias nacional-populares anteriores: la del apego por el Estado de derecho



cauce, cuando en realidad su dinámica disolvente cuestiona la totalidad de las tradiciones ideológicas, aun la propia y quizá sin mayor conciencia por parte de los protagonistas. Un cuarto error del antikirchnerista es creerse un previsible y pluralista ciudadano del mundo, que resolvería civilizadamente las diferencias apuntando al consenso; esta autocomprensión no oculta meramente el temor al conflicto con los poderes fácticos sino también al individuo asténico, cansado de adaptarse a los cánones capitalistas a los que llama “democracia”. Cree hallarse por encima del antagonismo pero no puede disimular su cobardía. Es que el asténico, en realidad, no espera nada de nadie, sólo que lo dejen en una paz sustentada en el endeudamiento externo, es decir, en la fuga hacia adelante con

El problema es que no hay legado sino un hierro caliente. Sólo el que tenga más coraje y capacidad para tomarlo, y sustraerse a los encantos de un kirchnerismo descafeinado, evitará quemarse.

tal de vivir en un país “previsible”. El asténico puede devolver el gobierno a la derecha con la total convicción de que vota por la izquierda y, así como fue carne suicida del experimento neoliberal, podría ser ahora víctima de su complacencia ante los mecanismos fácticos y formales que blindan a un capitalismo desafiado por la democratización.

Los candidatos kirchneristas, en tal contexto, pueden morder el anzuelo y “moderarse” para competir hacia el centro en busca de la mediana electoral e ideológica, en lugar de desplazar las coordenadas o los ejes electorales e ideológicos por medio del conflicto, esto es, en lugar de desafiar a la sociedad como hicieron Néstor y Cristina una y otra vez; autolimitarse para parecer los más fieles herederos de un legado. El problema es que no hay legado sino un hierro caliente. Sólo el que tenga más coraje y capacidad para tomarlo y sustraerse a los encantos de un kirchnerismo descafeinado, evitará quemarse. ●





Un horizonte en discusión

Existe un conjunto de nuevos problemas e interrogantes de orden cultural que inciden directamente en las discusiones de la vida contemporánea. A modo de brújula para guiarnos entre las múltiples dimensiones de estos conflictos, esta sección propone embarcarnos en debates que parecen estar más allá de las disputas coyunturales pero que influyen (o debieran influir) decisivamente en el curso de la política real.

En este número, Horacio González presenta de modo polémico la cuestión de las nuevas tecnologías, especialmente su relación con la cultura humanística y crítica. Al rechazar la crítica aristocratizante desarrolla los contornos de una crítica democrática que busca profundizar en las condiciones éticas, artísticas y cognoscitivas de su uso.



COORDENADAS

Realidades digitales: crítica aristocrática o crítica intelectual

por **Horacio González**

El director de la Biblioteca Nacional se pregunta sobre los cambios que pueden provocar las grandes mutaciones tecnológicas en las formas de escritura, a propósito de un artículo de Santiago Kovadloff publicado por el diario La Nación. En oposición al adecuacionismo mecánico y a la crítica aristocrática, González reclama una crítica de carácter democratizante que a su vez conserve la pregunta filosófica y literaria por los signos y significados de la cultura.

I

Siempre es pertinente la pregunta sobre cómo pueden cambiar las escrituras en relación a las grandes mutaciones tecnológicas. No cabe duda de que las grandes armazones del lenguaje tienen una historicidad que les es inherente; sus transformaciones ocurren esencialmente porque el cuerpo de usuarios lo somete a experiencias radicales que provienen de las prácticas cotidianas más diversas: tanto económicas como amorosas, clandestinas, tanto ceremoniales como comerciales, estatales o carcelarias. No siempre se inician esas innovaciones en la esfera tecnológica, porque un invento que sacude las rutinas anteriores no suele provenir de un autonomismo técnico, sino al revés, las tecnologías surgirían de una tendencia a pensar el tiempo y el espacio como destinados a abreviar el consumo de energía humana y ampliar la producción serial de energía. Sin embargo, las tecnologías se han convertido en un acontecimiento que postula para sí el nacimiento de la reforma cultural, moral e intelectual. Es habitual escuchar que la máquina de escribir cambió las formas y estilos del lenguaje escrito, y a partir de este hecho, pueden tejarse diferentes vías especulativas, sea para reconstruir nostálgicamente el grafo personal trazado sobre el papel sin mediaciones, sea para festejar la maquinabilidad del escribir como un perfeccionamiento racional de la inteligibilidad